

EN TORNO AL COMUNISMO: LENIN Y SUS HEREDEROS¹

El leninismo, en armonía con los principios del marxismo, establece la dictadura de una clase social, el proletariado. Según la definición de Lenin, esta dictadura es a la vez sangrienta y no sangrienta, violenta y pacífica, militar y económica, pedagógica y administrativa. A todos los órdenes llega la presión constante y obstinada de una nueva fuerza. Para vencer al mundo antiguo, burgués y capitalista, los trabajadores organizados en guisa de combate usan y abusan de todos los instrumentos de dominio. Los dirige el partido, vanguardia de la clase proletaria, más avanzado que ella en cultura, estrecha minoría lúcida.

El leninismo distingue sutilmente entre la dictadura del proletariado y la dirección del Partido Comunista. El partido no ejerce dictadura, se limita a señalar derroteros, preside las transformaciones necesarias, educa, organiza, prepara una revolución general en la educación.

Democracia y autoridad, elección y dirección, se concilian en la Unión de las Repúblicas Rusas. En el soviét, el obrero vota, interviene activamente en la vida pública. La célula inferior elige a la superior y así, desde los escalones inferiores hasta la cima, se siente la sana influencia de las masas que discuten sus propios intereses. Los trabajadores confieren plena autoridad a sus delegados y se limitan, terminada la elección, a obedecer. De la célula superior llegan, en esta severa jerarquía, órdenes precisas. El comunista sincero debe someterse *perinde ac cadaver*, renunciar a la crítica que enflaquece la disciplina. En un centro de dirección, en su supremo comité, reside la autoridad absoluta.

Esta doctrina cardinal del leninismo no ha sido abandonada en la Rusia actual, pero las formas de la dictadura del proletariado, según explica Zinoviev a hombres de poca fe, se vuelven más dulces, porque

¹ Extraído de *La herencia de Lenin y otros artículos*, París, 1929, pp. 12-28. [THM]

cambia la situación en el país. La herencia política del zar rojo topa, en su ruta clara, con dos enemigos interiores: el bolcheviquismo nacional que ha sido definido por Ustrialov y la nueva economía rusa, la *Nep*.

En virtud de un movimiento «inevitable como la vida, imperioso como la historia», el nacionalismo se ha asociado en forma singular al maximalismo. Como no estalla todavía la revolución mundial, el obrero ruso puede resolver problemas particulares, encerrarse entre fronteras precisas, mientras que los trabajadores de otros países se preparan a derribar el orden burgués. No por eso olvidan los nacionalistas que el triunfo definitivo del socialismo ha de ser internacional. Por ahora, limitan sus aspiraciones, se tornan sensatos y prudentes. La decimocuarta Conferencia panrusa condenó esta forma flamante del bolcheviquismo, el «estrechamiento nacional» que se opone al leninismo. Pero la misma Conferencia reconoció que «las masas populares necesitan reposo, trabajar la tierra en paz, recobrar nuevas fuerzas, y que el mismo estado de espíritu existe entre los comunistas». ¿Cómo oponerse a estas manifestaciones de fatiga y desencanto?

Aun después de fundada la dictadura del proletariado no desaparece el comercio en los campos. La economía se desarrolla allí sobre bases naturales de individualismo, el labrador se enriquece y se forma una nueva burguesía. Es el reino de la *Nep*. Reaparecen el capitalismo y antiguas formas de explotación. El leninismo transige con esta reacción inevitable y el partido reduce o suprime las restricciones impuestas a la clase que trabaja. Sabe que de largos años, de decenios quizá, necesita el flamante régimen para llevar el colectivismo a los campos e instruir a los aldeanos.

No por eso cesa la lucha o renuncia el maximalismo a la victoria final. Lenin no olvida que en una nación rodeada por Estados burgueses ha de renacer parcialmente el capitalismo. En la guerra contra el orden que debe morir caben «retiradas estratégicas», abandonos provisionales, treguas, mientras se afirman las primeras conquistas. En vez de obstinarse en nombre de una doctrina rígida que no puede adecuarse a realidades en mudanza, el leninismo, firme en su ambición central, pero también flexible y previsor, contempora. Ante poderosos enemigos se retira, realiza maniobras oportunas. Una de ellas, vasta y peligrosa, es la *Nep*.

Lenin confesó en 1922 que el comunismo había sufrido «pesada derrota dentro del frente económico» y que en el seno del Estado proletario el capital se instalaba nuevamente y progresaba, sin que se pudiera destruir su poder por medio de un ataque de frente. La ofensiva económi-

ca había sido emprendida sin fuerzas suficientes. El mercado privado nos ha vencido, decía el caudillo doliente, y explicaba que si Rusia aventajaba a Gran Bretaña y a Alemania en cuanto al régimen político, era todavía inferior a los pueblos más atrasados de Europa occidental en lo que se refiere a la organización de un capitalismo ordenado, al nivel de civilización, a la preparación material del socialismo. Esta flaqueza explica que si la revolución comunista no ha podido ser vencida por los poderes imperialistas congregados, se ha visto obligada a reducir su ambición, y que los petulantes augurios del socialismo no se han cumplido en tierra rusa.

No niegan los comunistas que la *Nep* ha realizado ya útiles transformaciones, regularizado los medios de comunicación, llevado el orden a regiones amenazadas por la miseria y el caos. Abundan las «concesiones», el partido renuncia a su abrumadora supremacía y se vincula al capital extranjero, a la finanza burguesa. De estas relaciones se enorgullece porque, con designios maquiavélicos, atrae el oro de naciones plutocráticas y lo emplea en robustecer al proletariado nacional y organizarlo para nuevas batallas en época no remota, cuando los trabajadores de otros países se sientan capacitados para la revolución final. Otras «concesiones» le inquietan —tolerancia con los campesinos, alquiler de tierras, utilización de obreros asalariados— porque ellas favorecen la formación de una burguesía rural. El campesino enriquecido, el «kulak», tiende a dominar, odioso personaje que explota, acapara cereales y es más peligroso que el «nepman» de la ciudad, porque el comunismo no ha triunfado en los campos.

Lenin se consolaba de este retroceso al pensar que el capitalismo ruso es, en suma, un capitalismo tolerado por el Partido Comunista: un capitalismo de Estado que el gobierno puede limitar y dirigir y que está ligado a él, es decir, a los obreros que se han enseñoreado del país, al partido vigilante, vanguardia de una clase social. Desde 1918, consideraba que ese capitalismo constituía un paso en la realización del plan socialista, que era ya las tres cuartas partes del socialismo.

Zinoviev, con ruda franqueza, declaró en 1925 que en Rusia el poder económico de la burguesía urbana y rural aumenta no sólo relativa sino absolutamente, que su influencia crece y se hace más fuerte su presión sobre el régimen. Al mismo tiempo que se afirma esta situación creada por la *Nep*, el ímpetu revolucionario se amortigua en Europa. En estos años grises no debe morir la esperanza comunista. El problema esencial consiste en vivir, en ganar tiempo, en consolidar victorias mo-

destas y parciales. ¿Podremos subsistir a pesar del predominio de la pequeña producción rural, a pesar de nuestra miseria, preguntaba Lenin, hasta que los países capitalistas hayan terminado su evolución hacia el socialismo? Para salvar a la revolución precisa conservar con todo empeño una cierta dosis de socialismo, por débil que sea en las instituciones fundadas. El caudillo se sentía encerrado por largos años en una «fortaleza sitiada».

Zinoviev ha estudiado la situación económica de la nación en 1925 y la ha comparado con la de 1913, año anterior a la Gran Guerra. Su optimismo se funda en las cifras que cita. La producción agrícola ha alcanzado el ochenta y siete por ciento de la de 1913, el setenta por ciento la industrial, el tráfico en los ferrocarriles el ochenta por ciento, el número de obreros ocupados en las fábricas el setenta por ciento. El comercio exterior se ha elevado a dos mil millones de rublos. Sesenta y dos por ciento de los instrumentos de producción fabril están en manos del Estado; en la gran industria, el noventa y nueve por ciento. El país progresa y al mismo tiempo el poder soviético extiende su acción. Ciertamente es que en los campos los medios de producción socializados sólo representan el cuatro por ciento. Allí reside siempre la amenaza para la revolución triunfante: el labrador individualista es el enemigo.

Han transcurrido diez años desde la victoria del bolcheviquismo en febrero de 1917. Veinte serán necesarios, según las predicciones del leninismo, para que se desarrolle con mayor intensidad todavía la producción, y la electrificación sea general; para que, gracias a ella, progrese el industrialismo, la técnica nacional rivalice con la de las grandes potencias occidentales. ¿En cuántos decenios se realizará, bajo la dictadura del proletariado, la revolución verdadera, profunda, total, abolición de las clases sociales, fin de la explotación del hombre por el hombre, acabamiento de viejos antagonismos entre la ciudad y el campo, el trabajador manual y el intelectual? Estamos en presencia de ese conflicto, choque entre dos doctrinas armadas.

* * *

¿Quién es hoy el legítimo continuador de Lenin, el heredero de su inspiración y de su política? Nos parece que Stalin prevalece sobre sus adversarios, un Bujarin, un Zinoviev, un Trotski, al comentar las doctrinas esenciales del leninismo. En la acción también transige, cambia de frente y de actitud. Confiesa que el partido no ha levantado todavía la fábrica

de la nación socialista, que ni siquiera ha puesto los fundamentos de ella. Recuerda que Lenin consideraba necesarias ciertas concesiones, zigzags inevitables en la ardua ascensión de una montaña abrupta, inexplorada. ¿Cómo definir la línea recta en medio de tantos vaivenes? Obreros y rústicos combaten siempre. El Estado comunista se inclina a los primeros, fija precios para los productos agrícolas, por medio del impuesto enflaquece al aldeano enriquecido, al kulak; acumulando productos alimenticios, ejerce presión sobre el mercado. En la lucha entre el labrador pobre y la burguesía rural, desplaza fuerzas en favor del campo, usa y abusa de los tributos, derriba sin piedad al que se entona.

Resuelto, lúcido, capaz de fintas, Stalin se resigna a transigir. Tolera el arriendo por corto plazo de las tierras, el empleo en ellas de trabajadores que reciben salario. Celebra contratos con el mundo capitalista a fin de avanzar, aunque sea lentamente, en la dura ruta fijada.

Empero, no triunfa la ciudad. En presencia de realidades hostiles, el dictador se derrama en sinceras admoniciones. Imita a Lenin en la manera de contemplar la realidad con decisión y sin acedía. Sabe que la fuerza y el poder se desvían en los campos y que sobre ellos conquista influencia decisiva el kulak. El aldeano medio se asocia a la burguesía de terratenientes en vez de confiar en el proletariado urbano, generoso y tutelar. Con frecuencia el agricultor poderoso adquiere las cosechas del labrador medio. Si se afirma esa tendencia, el capitalismo puede resurgir y una burocracia encrestada vencer al partido capaz de abnegación. Se perderá entonces la «perspectiva socialista» en medio de ominosas transacciones. Por otra parte, los Estados capitalistas gravitan sobre el poder de los soviets, con formidable acción. Que no nos ataquen, declara Stalin, y llegaremos a realizar nuestro programa; que nos dejen en esta áspera marcha algún reposo.

Algunos comunistas defienden métodos de violencia contra el campo insumiso. Trotski y la oposición exageran la importancia del renacimiento burgués en los campos y olvidan la intervención del aldeano medio con el cual celebra alianza el socialismo imperante. Stalin prefiere la persuasión. Puesto que el labrador opone resistencia al maximalismo de la ciudad, precisa conquistarle en lentas etapas sin ejercer contra él extrema presión. No cree el dictador que se pueda gobernar siempre *manu militari*, hollar, oprimir, perseguir. Más vale convencer al aldeano medio, atraerle mostrándole la excelencia de un régimen que transforma los centros urbanos y no olvida los campos. Cuando en 1925 compañeros inquietos preguntaban al sucesor de Lenin cuál sería la actitud del par-

tido si no se realizaba en un período de diez o de quince años la revolución del proletariado occidental, él sugería medidas en favor del trabajador rural para esos tiempos de transición: la electrificación de los campos, la extensión de las cooperativas en las cuales ingresaría el labrador y se avvicinaría al Estado proletario, la reducción del impuesto para que no se sintiera estrechada la aldea.

Adecuándose a un orden de acaecimientos en los cuales no descubre elementos para una victoria inmediata, Stalin no traiciona. Combate con energía a la Segunda Internacional, organización corruptora que, según él, inficiona a los obreros de todos los países y favorece a la burguesía. Durante la última guerra los señores Renaudel, Henderson y Scheidemann fueron denunciados por el maximalismo ruso como agitadores reaccionarios, aliados del capitalismo y del imperialismo. Si corregimos tan escueta afirmación, Stalin nos explicará que entre el gobierno de Mr. MacDonald o de Herr Scheidemann y la conquista del poder por el proletariado, existe la misma distancia que entre la tierra y el cielo. El paraíso de los soviets rechaza contubernios con un orden prosaico y material. La dictadura rusa no se satisface con simples cambios de ministerio. Crea un nuevo poder servido por órganos flamantes, centrales y locales, sobre las ruinas del antiguo poder burgués.

Nada puede esperar de los directores de una Internacional que se extravía en una estrategia política sin grandeza, y para la cual un período que abarcará decenas o centenas de años separa dos revoluciones, la democrática burguesa y la proletaria. Al escuchar tal vaticinio, la burguesía se siente avigorada y organiza fuerzas para la contrarrevolución. El maximalismo combate esta doctrina que impone al proletariado una actitud singular de espera indefinida hasta que las clases directoras se corrompan y madurezca al capitalismo. Ciertamente, no hemos de resignarnos, clama Stalin impávido. En efecto, el capitalismo, desdeñado en Moscú, no se dispone a morir. Al contrario, el «sistema de la economía imperialista mundial» forma un todo compacto en el cual descubrimos queiebras y flaquezas. En verdad sufre mengua, se fatiga en luchas internas, pero no se abisma. Esperar que se derrumbe con acción exterior, equivaldría a retroceder. La revolución debe comenzar, como enseña el leninismo, no donde ha culminado el régimen industrial o donde el proletariado constituye mayoría, sino allí donde la «cadena del imperialismo» es más frágil, presenta un eslabón que puede ser roto con un tajo resuelto. Así en Rusia el año 1917, así mañana tal vez en la India.

Enhestada y bien dirigida, la clase obrera es siempre beligerante. Interviene en otros pueblos, suscita en ellos esperanzas y ambiciones revolucionarias, no acepta nunca el statu quo. Desarrolla y traba energías. Si los trabajadores se hallan oprimidos, los alza a nuevos y vastos deseos. Se prepara a una lucha larga, insidiosa, maquiavélica, para conquistar el sufragio de las masas obreras en su mayoría, o siquiera la neutralidad benévola de poderosos elementos de la clase explotada. Sabe maridar en su empeño el espíritu práctico de los norteamericanos y el ímpetu destructor de los esclavos, el idealismo apasionado y el necesario sentido de la tierra. Aplica sin cesar la teoría revolucionaria a la acción porque la práctica, no iluminada por la doctrina, se agita y se pierde en las tinieblas.

Cuando lucha con la oposición atarantada, «neurasténica», que pregona su escepticismo, Stalin afirma como Lenin su fe entera. Se obstina en demostrar el vigor actual del gobierno soviético, el cual, en un país aislado y atrasado, se ha defendido contra una liga de pueblos ricos, altivos y guerreros. En este duelo a muerte se ha manifestado el formidable poder del partido proletario. Ello no significa que Rusia cercada se baste a sí misma o que la victoria final del proletariado pueda realizarse fuera de la «escala internacional», sin la revolución jubilosa de todos los trabajadores del mundo coligados.

La izquierda comunista merece ostracismo porque se limita a juzgar y a criticar. Contra sus afirmaciones sostiene el dictador que los aldeanos en globo pueden ser conquistados y transformados. Ellos han recibido del proletariado ruso tierras y paz. Nada deben a la burguesía liberal y se asociarán al cabo, en durable alianza, con el Estado proletario. En Occidente, la unión entre el aldeano y el burgués se explica porque éste, después de haber vencido en revolución democrática a los terratenientes, granjeó tierras que entregó al trabajador rural. En cambio, en Rusia todo lo debe el labrador a su hermano el proletario de la ciudad: sosiego, riqueza, campo de libre acción, abundante producción fabril. El campo seguirá a la ciudad que es socialista. Vinculado a ella, a la industria en creciente, a las cooperativas que dilatan su red magnífica, podrá salvarse de la ruina inminente y se constituirá el formidable bloque futuro urbano y rural.

Vana esperanza, insiste la oposición, porque la política actual de la *Nep* es el capitalismo, restauración del pasado de fuerzas que parecían vencidas. Según Stalin, el partido rector tolera la coexistencia del capitalismo y del socialismo en el seno de la nación remozada. En la *Nep*, se

manifiesta el elemento capitalista que se contrapone al elemento socialista dentro de la economía rusa. Pero sólo el socialismo es protegido y nadie duda de su triunfo contra la reacción pertinaz. No olvidemos que en las ciudades domina la industria de Estado, que en los campos la cooperación cuenta ya con diez millones de miembros. El kulak no conquistará el poder de antaño en la tierra nacionalizada.

Para el restablecimiento del capitalismo precisaría despojar al proletariado del poder, privarlo de las fuerzas que en sus robustas manos se concentran: transportes y gran industria, *trusts*, sistema de crédito. El poder proletario se ufana de hacer ventaja al poder burgués porque junta riquezas que no sirven a una sola clase social sino al país entero y que, en virtud del monopolio, serán fuentes de capitales suplementarios si se las explota con economía y previsión. Entre todas las formas posibles de gobierno, mientras persiste el orden actual, es aquel en el cual hallamos definido «carácter de masa», democracia real y directa, no turbada por la influencia de Mammón. Los directores del comunismo militante ambicionan instaurar donde triunfan la verdadera democracia, la cual redime a todos los trabajadores de la explotación por una minoría de capitalistas y aniquila el régimen plúmbeo inspirado o dirigido por banqueros y capitanes de industria: los Morgan, los Rothschild, los Stinnes.

En diversos escritos y en un libro que impone a la Revolución, como dilema, la elección entre el socialismo y el capitalismo, Trotski moteja el optimismo general y somete a crítica minuciosa las petulantes afirmaciones de Stalin. Se siente también animado por ruda sinceridad. Nuestras industrias progresan lentamente, dice; el capitalismo de las naciones burguesas prepondera, ofrece productos más baratos y de mejor calidad que los que arroja al mercado la industria socialista. Bajo la dirección del Estado soviético el país desarrolla riquezas con el auxilio del capitalismo occidental, importa máquinas y métodos del extranjero. ¿Hasta dónde puede llegar esta política de acercamiento y de concierto? Según Trotski, el orden ruso en vez de ser genuino socialismo, contrarresta a un capitalismo necesario, limitado y temporal, colabora con países de ideología contraria y multiplica invitaciones y concesiones a la finanza occidental. La agricultura, en virtud de un individualismo persistente, contribuye a robustecer las tendencias del sistema capitalista.

No niega Trotski que la economía nacional se complica y aquista sólidas posiciones. Hasta ahora, gobernada por el Estado veedor, la nueva política económica ha impedido el restablecimiento del capitalismo. Pero si la industria castiza se desarrolla con más lentitud que la agricul-

tura en años venideros, el antagonismo entre los aldeanos y el poder soviético conducirá seguramente a una era de libre capitalismo. Olvidar las necesidades actuales de la industria parece a Trotski error esencial. En lo que denomina su prognosis, no figuran tristes vaticinios. Se limita a agorar que si, en próximos decenios, el capitalismo mundial acierta a establecer un nuevo equilibrio dinámico como aquel de un largo y glorioso período entre 1871 y 1914, y se conciertan la burguesía y el proletariado dentro del cuadro firme de la vida nacional, Rusia maximalista tendrá que confesar su error capital. Creyó que el capitalismo y el imperialismo se hallaban desmarridos, que asistíamos a su agonía. Si en vez de la degeneración anunciada se abre un nuevo ciclo de expansión y de poder para las fuerzas del pasado, sufrirá naturalmente desmedro el socialismo recluso en un país atrasado. Trotski manifiesta temores y espera que el marxismo vencerá a sus adversarios. Entretanto defiende con energía el régimen creado y la estricta ortodoxia. La ciudad fiel se le antoja más interesante que el campo aliado del capitalismo.